

# Walter Benjamin y los pasajes de París: el abordaje metodológico<sup>1</sup>

Daniel Hiernaux-Nicolas  
*Universidad Autónoma  
Metropolitana-Xochimilco*

## Introducción

Los últimos años del siglo xx han visto nacer profundas inquietudes respecto al sentido de la producción y transmisión de los conocimientos. Por una parte, el carácter masificado de la educación propiciaría su abandono, mientras que se ha hecho hincapié en el postulado de que la investigación debería orientarse, en forma creciente, a apoyar los esfuerzos del “desarrollo” y del “progreso” económico y social.

De tal suerte, se han criticado en forma radical los patrones de enseñanza masiva surgidos de la fase denominada fordista y, en ciertos casos, populista, como es el de México, es decir, la fase del desarrollo capitalista de la posguerra. Tal crítica enarbola la necesidad de regresar a una educación de “calidad”, impartida a quienes realmente puedan aprovecharla, en el marco de un proceso de transmisión de conocimientos que se quiere eficiente, actualizado, y cada vez más articulado con los cambios que surgen en el medio productivo.

Por su parte, la investigación en ciencias sociales se ha visto duramente criticada por su improductividad, entendida como el desprendimiento de las necesidades de la sociedad y de los sectores productivos. Así mismo, se considera necesario destinar me-

<sup>1</sup> Una primera versión de este texto fue presentada en la mesa 4, celebrada el 13 de enero de 1999 (titulada “La formación de investigadores: vocación y utopía”), durante el Congreso de Historia Regional de El Colegio de Michoacán, Zamora, Michoacán.

nos recursos estatales a aquellos rubros, ya que se proclama que la investigación social realmente productiva debería ser capaz de conseguir sus propias formas de financiamiento. Una especie de “selección natural” sería entonces factible, desprendiendo lo útil de lo inútil, lo productivo de lo improductivo, lo necesario de lo prescindible.

La cuestión del carácter superfluo de las ciencias sociales posiblemente sea central en los debates que orientarán la visión del mundo que estamos construyendo para el próximo siglo. Para ello, es necesario remitirse no sólo a criterios que definen la calidad de la investigación y del proceso mismo de su desarrollo, sino que es preciso plantearse cuál puede o debería ser la relación entre el investigador, las concepciones existentes y el objeto de estudio, para determinar qué aspectos pueden ser revisados tanto en la formación de los investigadores, como en la relación entre la sociedad y ellos.

Para ejemplificar algunas de las ideas que manejamos con respecto a lo que podría ser la investigación en las ciencias sociales, nos hemos planteado usar el ejemplo de un personaje muy particular de estas ciencias y las humanidades, cuyas obras han sido revalorizadas después de su temprana muerte, ocurrida en septiembre de 1940 en Port Bou, España, por temor a caer en manos de los nazis: Walter Benjamin (1892-1940). Él es sin lugar a dudas un caso particular, difícil de clasificar, a veces considerado como el mayor filósofo de la época de Weimar, en otras ocasiones asimilado a los pensadores de la Escuela de Francfort. Tildado de marxista, a veces también de filósofo marcado por su judeidad, Benjamin es un caso aparte, y no puede ser asumido como prototipo y menos aun como ejemplo de lo que debería ser un investigador en la actualidad.

A pesar de lo particular de su carrera –si de “carrera” podemos hablar, contando su nula inserción en el medio académico–, Benjamin desarrolló una serie de actitudes cara a cara de la investigación, sobre las cuales es pertinente reflexionar como posibles fuentes de estímulo para lo que podría ser el perfil del investigador contemporáneo en ciencias sociales, el sentido que pueda tener la investigación en éstas, y por ende, como valores transmisibles para la formación del investigador.

## Benjamin como investigador

Resulta sumamente difícil sintetizar una obra de la magnitud de la que publicó Benjamin en tan corta vida. Las obras reunidas por Rolf Tiedemann que forman los *Gesammelte Schriften*, suman millares de páginas a cuyo análisis se han abocado decenas de investigadores, sin extraerles aún toda su riqueza. Para dar un ejemplo, sus notas sobre los *Pasajes de París* (*Passagen Werken*) en su versión francesa llegan a cerca de las mil páginas, y han dado lugar a numerosos trabajos más voluminosos que el original, como es el caso de las ponencias del evento compiladas por Wismann en el libro *Walter Benjamin y París* (Wismann, 1986), sin olvidar otras obras de gran valor como la de Susan Buck-Morss (1995).

Benjamin no fue un académico en el sentido tradicional del término, como tampoco lo fue quien tuvo una influencia importante sobre él, Georg Simmel. Ambos se destacaron por haber sido rechazados del medio académico, en el caso de Simmel en forma radical hasta 1918, cuando se incorporó finalmente a la Universidad de Estrasburgo, un lugar más bien periférico a los polos del conocimiento de la época. La tesis de habilitación de Benjamin sobre el drama barroco alemán también fue rechazada, aunque hoy se la reconoce como uno de los pilares de su obra intelectual, sin lugar a dudas una clave para entender conceptos posteriores que surgirán en el desarrollo de la obra sobre la cual nos vamos a abocar en esta ocasión: el famoso trabajo sobre los pasajes de París.

En las páginas que siguen trataremos de seleccionar ejemplos de la vida de Benjamin y de su forma de concebir la investigación, que apoyen nuestro propósito de acercarnos a la idea de enfocar aquélla de una manera a la cual prestamos poca atención en la actualidad, pero que eventualmente podría apoyar la necesaria revisión de nuestra concepción de la investigación en ciencias sociales.

### *El manejo de una “Dirección única”*

Título de una de sus obras esenciales, *Dirección única* podría parecer una suerte de monomanía del investigador. Queremos a este respecto remitir al tema de los *Pasajes de París*, que finalmente resulta ser la investigación central de Benjamin, aunque su obra esté inconclusa. La idea de trabajar sobre los pasajes, según se

desprende de su correspondencia, surge de la lectura del entonces recién publicado libro de Louis Aragon titulado *Un campesino en París*. Benjamin se planteaba inicialmente escribir en el curso del año 1927 un ensayo corto, con Franz Hessel (Gilloch, 1996). Luego informó a su amigo Sigfried Kracauer que el tema empezaba a absorberlo día tras día. Si bien algunos trabajos de gran importancia verán la luz durante los años consecutivos (entre los cuales aparece la *Pequeña historia de la fotografía*), no es menos cierto que los *Pasajes* absorberán toda su vitalidad intelectual hasta la fecha de su muerte, o sea, por más de trece años consecutivos.

Benjamin se verá involucrado en forma creciente en el tema de los pasajes: su vida en París a partir de 1932 le facilitará la tarea; vivirá junto a los pasajes, los cruzará a diario y laborará en la sala de lectura de la Biblioteca Nacional, a pocos pasos del Passage Choiseuil. Las últimas noticias que tenemos de su vida informan que intentó cruzar rumbo a España a pie por los Pirineos cargando una enorme maleta, que según él “contenía toda su vida”. La leyenda insinúa que la maleta, desaparecida después de su suicidio, contenía el borrador del libro acerca de los pasajes, mientras que los documentos que conocemos en la actualidad sólo son sus notas de trabajo que dejó a su amigo Georges Bataille, entonces director de la Biblioteca Nacional de Francia, apuntes que éste escondió en ese sitio, para evitar la segura destrucción de los escritos de un judío perseguido por los nazis que entonces ocupaban París.

Benjamin se dedicó a su obra de los *Pasajes* en cuerpo y alma. Parte de su extensa correspondencia pretendió explicar y discutir con sus amigos este tema que le apasionaba. Vivía a diario su tema de investigación. Lo hacía su vida, en una especie de “dirección única” por él impuesta a su investigación. No podemos más que recordar también a Braudel, quien después de ser capturado por los alemanes dedicó sus esfuerzos a escribir el *Mediterráneo* en cautiverio, haciendo pasar su investigación por encima de su condición personal de preso de guerra y usándola, en cierta forma, como un magnífico aliciente para no darse por vencido frente a la descomunal desgracia que padecía.

### *La investigación como entrega personal*

El trabajo de Benjamin sobre los pasajes no sólo representó una orientación central, sino quizá *la* orientación decisiva de su vida

filosófica y personal. Ha sido también la fuente de una entrega personal constante. Lejos de nosotros está la posibilidad de pensar que la investigación en ciencias sociales debe ser sufrimiento, pero es preciso reconocer que la constancia en un tema particularmente difícil como fue el caso de la investigación de los pasajes (y ahora veremos por qué) no podía lograrse sin numerosos esfuerzos personales que expresaron de distintas formas su entrega personal al proceso de conocimiento.

Recordemos que Benjamin no contó con una fortuna personal ni heredada suficiente como para mantenerse sin trabajar, aun cuando su familia lo sostuvo económicamente en los primeros años de su vida profesional. Tuvo que vender regularmente sus trabajos a periódicos y revistas, desempeñarse un tiempo como periodista radiofónico, padecer las envidias y el carácter particularmente difícil de Horkheimer y Adorno, quienes no dejaron de dificultarle la publicación de sus trabajos (lo que en términos prácticos le significaba disponer de menos recursos económicos) y plantearle exigencias de adecuaciones de sus trabajos a ciertos puntos de vista, para que pudieran ser publicados en el Instituto de Investigaciones Sociales. Existe una amplia documentación sobre las primeras versiones del proyecto de los pasajes que fueron sometidas por Benjamin al Instituto dirigido por Horkheimer, y resultaron rechazadas; de tal modo que Benjamin careció crecientemente de los recursos económicos que tanto necesitaba. En el caso del conocido ensayo sobre Baudelaire, Adorno lo consideró como determinista (según este autor, Benjamin construyó una ecuación demasiado simplista entre las condiciones socio-económicas de la época y la obra poética de Baudelaire). No era lo suficientemente “dialéctico”, según Adorno.

Sin pretender aquí discutir las razones de Adorno frente al trabajo de Benjamin, queremos evidenciar que nuestro autor pasó por severas privaciones, y en ciertos momentos tuvo que hacer importantes esfuerzos para continuar con su obra, para mantenerse en la tesitura de trabajar sobre los *Pasajes*, obra de la cual el trabajo sobre Baudelaire era un eje y, para algunos, una versión en miniatura. Se recordará por ejemplo, que Baudelaire ha sido considerado también como el prototipo del *flâneur* (‘paseante’), entre otros motivos por su costumbre de pasear a su tortuga en uno de los pasajes de moda en su época. Benjamin tuvo que revisar completamente su trabajo sobre Baudelaire, para que finalmente acabara siendo publicado en enero de 1940 por el citado instituto, a escasos meses de su muerte.

### *La investigación como tarea permanente*

Muchos investigadores lo viven en carne propia; el tema de investigación no es algo de lo cual el investigador pueda desprenderse fácilmente. Podemos decir inclusive que persigue al verdadero investigador, de día y de noche. Cuando Benjamin escribía sobre los pasajes vivía intensamente su tema; en una carta a Adorno con fecha 31 de mayo de 1935, relataba que cuando leyó *El campesino de París* de Aragon, “en la cama por la noche [...] sólo era capaz de leer dos o tres hojas, porque los latidos de mi corazón eran tan fuertes que tenía que dejar el libro” (citado por Gilloch, 1996:94).

La investigación no tiene horario: El antropólogo que vive en una comunidad lo sabe más que cualquiera, pero también el verdadero investigador “atrapado” por su tema, y más allá de su disciplina, vive su investigación con la fuerza de una pasión. Ésta le acosa día y noche, transforma sus vivencias, sus pensamientos, sus modos de ser, y a veces, sus relaciones sociales. Las conversaciones, los anhelos, las pequeñas recreaciones, no dejan de ser absorbidas por el maremoto de la temática central que arrasa con cualquier otro tema o quehacer.

Por ello, el auténtico investigador no puede tener un horario preestablecido, como se pretende en algunas universidades, ya que es cada hora de su vida la que dedica, en mayor o menor medida según la intensidad del momento, a construir y reconstruir su investigación.

Inclusive escribir no lo era todo para Benjamin, ni tampoco leer; “investigar” no era sólo recoger las innumerables citas que nos heredó, sino que también fue parte de este proceso suyo el andar por los pasajes, integrar la experiencia cotidiana a la investigación. Si bien nuestro autor nos legó intensas páginas de trabajo, no pudo dejarnos la experiencia de sus vivencias en los pasajes, que sólo podemos suponer, con mucha imaginación, al cruzar hoy día un pasaje, que no es ya lo que fue en los años veinte o treinta de este siglo, ni un siglo antes, cuando estaban en su apogeo económico y cultural.

### *La construcción permanente del tema y del concepto*

Uno de los aspectos más fascinantes, aún hoy día, de la obra benjaminiana sobre los pasajes, es la evolución, la construcción per-

manente de sus conceptos, de sus formas de acercamiento a la realidad. Quizá la desgracia de la obra inacabada resultó benéfica en ciertos aspectos, en cuanto define un resultado que normalmente no se encuentra a disposición del lector. Buck-Morss señala por ello que las notas de Benjamin no constituyen los ladrillos de una ruina (ya que nunca salió a la luz la obra maestra ni pudo por ende “derruirse”), sino las piezas de una construcción siempre por armar.

De tal suerte, lo que tenemos es la disponibilidad de los ladrillos, pero también las varias ‘Exposiciones’ (*exposés*) que tuvo que hacer el autor para intentar “vender” el proyecto del libro. Así mismo, algunos trabajos que realizó en el transcurso de esos años, particularmente los escritos sobre Baudelaire, constituyen una miniatura de su obra. Pero lo cierto es que nadie puede advertir cómo habría terminado el texto, ni siquiera si habría sido la obra “maestra” de Benjamin –como todos los que lo admiramos estamos inclinados a decir.

Como ya se mencionó, Benjamin tuvo por lo menos dos influencias decisivas en cuanto a sistemas de pensamiento que lo orientaron. Por una parte, la filosofía judía alimentada por su larga amistad con Gershom Scholem; la segunda línea fue el materialismo marxista. En este contexto, resultó profundamente marcado por Bertolt Brecht –a quien también influyó considerablemente–, pero también por los miembros de la Escuela de Francfort, y desde luego, por sus lecturas directas de Marx y Engels.

Sin embargo, la obra benjaminiana no puede derivarse de una u otra fuente de pensamiento: él construyó a diario sus conceptos, de una forma tan heterodoxa que ponía incómodos a quienes vivían de la ortodoxia, o por lo menos de cierta ortodoxia, como los miembros de la Escuela de Francfort. Quizás una de las mayores virtudes de Benjamin, este desprendimiento respecto a las corrientes de pensamiento, no es una actitud frente a los demás –para aparecer como un ser “aparte”, “diferente”–, sino el resultado de la forma singular de cómo integraba dentro de su propia vida los conceptos que surgían de sus lecturas ávidas de fuentes variadas.

Como lo veremos con más detalle luego, Benjamin desorienta a cualquier racionalista que revisa el aparato crítico de su trabajo sobre los pasajes: desde novelas (empezando por *El campesino de París*), poesía (Víctor Hugo y Baudelaire), textos de la época que podemos llamar de “crónicas sociales”, reportes oficiales, extractos de diarios, etc., etc. Benjamin construyó perma-

nentemente su obra por medio de las lecturas más dispersas, resultando sumamente creativo en la selección. Se recordará que fue un gran coleccionista, entre otros géneros, de libros infantiles, y que el traslado de su biblioteca personal le suscitó muchos dolores de cabeza, sobre todo cuando emprendió el exilio, primero de Alemania a París, y luego hacia su último pasaje: la muerte, como tan atinadamente calificó Maurice de Gandillac (1986:9), su salida voluntaria de la vida.

Esta capacidad de construcción permanente del concepto en el pensamiento de Benjamin, se debe entonces no al seguimiento constante y “alineado” de una corriente de pensamiento, sino a la confrontación permanente y al estilo de un relámpago de rutas distintas a las tradicionales. Benjamin nos permite observar que un investigador puede ser de dirección única, sin por ello tener que viajar siempre con el mismo vehículo, la dirección única es el compromiso con la investigación. Más bien nos recuerda a los exploradores que suelen pasar del avión al tren y al elefante, para llegar a su punto soñado. Ésta fue la forma de trabajar de Benjamin, heterodoxo, complejo, imprevisto, gracias a lo cual pudo elaborar síntesis extraordinarias y abrir senderos inexplorados en las ciencias sociales.

En cierto modo, los llamados de Feyerabend a la construcción de una ciencia libre, elaborando un tratado contra el método, representan la continuación de una actitud que Benjamin expresó directamente en escasas ocasiones, pero que vivió internamente en forma cotidiana.

### *Extender la fuerza filosófica a lo banal*

Las ciencias sociales se han orientado hacia la construcción conceptual a partir de aportaciones de otros autores o del propio investigador, en una especie de hilo conductor del pensamiento. Por ello es que, aún en la actualidad, la existencia de un aparato crítico es tan importante para fundamentar y justificar una investigación. En toda investigación se espera encontrar tanto las huellas citadas de los autores leídos, como las aportaciones propias del investigador, del autor. Sin lugar a dudas bajo estos criterios Simmel, quien escasamente citaba sus fuentes –posiblemente porque las integraba en su propio texto, en vez de mencionarlas–, nunca habría adquirido reconocimiento académico en nuestros medios.

Más aún, en la actualidad se espera que la investigación se nutra de hechos científicamente comprobados, domados por el lenguaje de la disciplina utilizada, y transformados así en formulaciones científicas, distanciadas de los hechos cotidianos. De tal suerte que la distancia entre lo banal o lo cotidiano y las formulaciones de las ciencias sociales ha sido y sigue siendo abismal. Aunque a muchos investigadores no les preocupa este problema, desde otros ángulos del conocimiento, escuchamos en los últimos años más y más advertencias sobre la necesidad de que nuestros conceptos e interpretaciones se aproximen cada vez más a la realidad estudiada.

Por su parte, Walter Benjamin partió de una posición radicalmente opuesta a esta corriente o tendencia que incorpora la enorme distancia entre la realidad y su interpretación como lo natural. Ejemplo de lo anterior son las siguientes palabras benjaminianas: “una filosofía que no incluya la posibilidad de adivinar a partir de la borra del café y que no pueda explicar esto, no puede ser una verdadera filosofía” (Benjamin, en Scholem:59, citado por Buck-Morss, 1995:30).

Benjamin partió entonces de los objetos banales, pues consideraba que son susceptibles de darnos la clave de lo que queremos descubrir. El pasaje no es por ende una figura conceptual, es antes que todo una forma arquitectónica-urbana que tuvo su esplendor hacia fines del siglo XVIII y mitades del XIX. Por tanto, el pasaje, como objeto banal, elemento de la ciudad, permite entender realidades más complejas, particularmente la presentación y representación de la mercancía, y no sólo la producción de las mismas, tema que fue central en la obra marxiana. Benjamin pidió así a los objetos hablar por sí mismos, basándose en que “un método científico se caracteriza por el hecho de que encontrando nuevos objetos se desarrollan nuevos métodos” (Benjamin, 1989:490).

Es entonces por medio del estudio de la forma-pasaje, de sus contenidos elementales, que Benjamin pudo construir un modo de comprensión integral de la mercancía en su presentación. La luz transformada por la presencia del vidrio, la presencia de la iluminación de gas, pero también las demás actividades que acompañaban a la venta de productos de la primera fase de la industrialización, se tornaron los objetos de su inquisición desprejuiciada. Los objetos, las formas físicas de su presentación, el autor no los podrá encontrar en los libros de “ciencias sociales”; es a la literatura que debe pedir la explicación involuntaria del sentido

de la mercancía y de su presentación. También en textos imprevisos, como las guías de forasteros o los relatos de viajeros, Benjamin encontró un material de una riqueza inigualable para su propósito.

Él nos enseña que lo pequeño ofrece una riqueza inconmensurable, que lo cotidiano es fuente de gran enseñanza, y que, como tan ejemplarmente lo demostró Luis González y González, la microhistoria y el microevento son esenciales en el quehacer del investigador social. Han pasado varias décadas, por lo menos medio siglo, desde las afirmaciones de Benjamin, y ya algún tiempo desde que el doctor González y González las reafirmara en la apreciación de lo micro y de lo banal.

Por este mismo camino han transitado ya muchos investigadores, algunos de los cuales han recibido el oprobio estructuralista, como es el caso de Michel Maffesoli o Pierre Sansot, cuya “poética de la ciudad” ha sido revalorizada a fines de los años ochenta, cuando su publicación inicial fue en los setenta, época de mayor floración de las plantas envenenadas por el estructuralismo.

Algunos autores como Claude Javeau han revalorizado lo banal a categorías que quizá puedan parecer exageradas, como el saludo elemental, el “– *ça va?* – *ça va!*” de los franceses, el gruñido, el gesto básico de salutación; elementos todos de una cotidianidad reencontrada por el investigador bajo los mantos protectores de los conceptos que los tornaban invisibles, se han vuelto temas de sus investigaciones sobre la sociedad.

Por otra parte, la revaluación del estudio de la cotidianidad nos llama progresivamente a reutilizar nuestros sentidos elementales, recordándonos que la investigación se basa no sólo en el intelecto, sino también en los cinco sentidos. Nos lo recuerda Louis Ferdinand Céline en *Mort à Crédit*, al describir la degradación del pasaje en el que transcurrió su infancia (Céline, 1952:76). El pasaje mágico del siglo XIX se había vuelto mingitorio informal de perros y personas, lugar de trabajo de prostitutas; su pluma franca y alerta nos hace revivir el ácido olor que debía impregnar los pasajes decadentes de comienzos del siglo XX.

Benjamin consideraba que los objetos banales permiten construir “imágenes dialécticas”, que fueron un elemento esencial en el “método benjaminiano”, si podemos hablar en estos términos sobre su modo de acercamiento al tema de los pasajes. El objeto, visto hoy en su estado actual, permite una “síntesis auténtica” (Benjamin, 1989:491) porque devela el sentido que

tenía en el pasado mediante la observación de su estado actual. Como lo menciona Gilloch, “Benjamin trata de revelar y de dar voz a la experiencia y al carácter de las formas sociales modernas, a través del rescate, del examen y del acto de descifrar las minucias y los desechos de la existencia urbana” (Gilloch, 1996:111).

En cierta forma la imagen dialéctica benjaminiana es el momento en el que lo olvidado se recuerda (*idem.*), de tal modo que es “la memoria involuntaria de una humanidad redimida” (Benjamin, *Gesammelte...*, p. 1233, citado en Gilloch, 1996:114).

La propuesta del recurso al objeto o a la situación banal no es entonces una actitud que se estableciera en oposición al análisis a partir del concepto, sino una verdadera actitud metodológica autónoma que conduce a pensar que en el objeto se encuentra la clave del entendimiento del pasado y, finalmente, de las reglas del capitalismo respecto a la presentación de la mercancía, para el caso de la aplicación a los pasajes.

La forma de trabajar de Benjamin no podía ser expresada de mejor manera que en sus propios términos:

Las tentativas de los otros comparadas a navegaciones durante las cuales los navíos son desviados de su ruta por el polo Norte magnético. Encontrar ese polo magnético. Los fenómenos que para los otros son desviaciones, constituyen para mí datos que determinan mi ruta. Baso mis cálculos en las diferenciales del tiempo que, en los demás, perturbaban las “grandes líneas” de la investigación (Benjamin, 1989:473).

### *La multiplicidad de dimensiones de la realidad*

La realidad expresada mediante los objetos más cotidianos no es tan elemental como podría parecer. El objeto cristaliza una época, y es por medio de lo que se ha vuelto con el tiempo, que podemos entender lo que fue, y por ende, entender la transformación histórica, el pasaje mismo de un sentido a otro. Vale recordar que Benjamin no creía en la noción de historia lineal y de progreso, sino que contemplaba con cierto interés la idea del eterno retorno nietzschiano y de la historia como la sucesión de una serie de acontecimientos que podemos calificar de “cataclismos”. Para él “el pasado telescopa el presente” (*ibidem*:488).

Por lo tanto, la realidad del objeto que se indaga está formada por elementos que remiten al pasado, así como por los usos actuales del objeto. En el caso de los pasajes, el hecho de que

Benjamin los haya estudiado en su fase de total decadencia, en los años veinte y treinta del presente siglo, no esconde la naturaleza fantástica que tuvieron en su apogeo un siglo antes. Por ende, la realidad del objeto “pasajes” está hecha de capas articuladas de tiempo. Tema, este último, que se ha desarrollado también para entender el espacio en la obra de Milton Santos. La imagen dialéctica “revela entonces una síntesis auténtica” (*ibidem*:491). También afirma que “el objeto histórico, en virtud de su estructura monadológica, encuentra representada en su interior su propia historia anterior y posterior” (*ibidem*:493). Para Benjamin, en las entrañas del objeto histórico se confrontan todas las fuerzas y todos los intereses históricos a una escala reducida.

Entendido de este modo, el objeto histórico, que puede ser un simple objeto de producción industrial o una forma urbanística particular –como el pasaje–, entre otras múltiples posibilidades, se vuelve una mina de oro para el investigador que logra reconstruir, a partir del mismo, la historia de la sociedad en una época dada.

Para ello, para la captación de esta realidad de dimensiones múltiples, es preciso no tanto un análisis detallado sobre la base de métodos preestablecidos y transmitidos, sino conocimiento metodológico de una vez por todas; alcanzar una “intuición”, una “iluminación profana”, es decir, el logro de lo que puede considerarse como un “momento de gracia” del investigador, en el curso del cual adquiere la capacidad de entender la complejidad de la relación socio-temporal del objeto que investiga.

### *La transmutación del texto en el tema, el estilo y el montaje*

Después de revisar algunos de los múltiples aspectos apasionantes de la obra de Benjamin que nos guían con relación a su enfoque como investigador, debemos interrogarnos acerca de la representación misma de sus ideas, la forma en que expresó sus hallazgos en el texto. Son dos los aspectos centrales que trataremos en el contexto de este trabajo. Por una parte, la transmutación del texto en el tema, y posteriormente la cuestión de la forma de presentación –su idea particular del montaje– y el estilo correspondiente.

Gilloch plantea que Benjamin consideraba a la ciudad como un texto, y a su vez, el texto era pensado como una ciudad. En otros términos, el autor se preocupaba por encontrar una forma

de “escribir la ciudad” que respetara la importancia otorgada a la experiencia y, en particular, a las imágenes de las cuales se abreva en la ciudad. Pretendió capturar, por ejemplo, el carácter poroso de Nápoles que se expresa no sólo en lo intrincado de la forma urbana y de lo arquitectónico, sino también en la porosidad de las instituciones y del modo de vida de sus habitantes.

Benjamin intentó, en ese texto, representar con palabras el colorido, la porosidad, pero también la profunda miseria, fruto de las desigualdades sociales que encuentra en aquella ciudad.<sup>2</sup> En su forma de pensar la ciudad como texto, no podía expresar esto en los términos tradicionales usados por las ciencias sociales, sino que recurrió a un manejo del texto que refleja las imágenes y las impresiones que suscitó la ciudad en su mente.

Para lograr este tipo de expresión es preciso que la forma y el contenido se fusionen para dar paso al revelamiento de la experiencia de la ciudad, antes del contenido conceptual que puede o no desprenderse del texto en sí. Así, el texto se vuelve una ciudad, con la complejidad de sus volúmenes, sus itinerarios, sus plazas, sus jardines. El texto adquiere la complejidad y la densidad de una ciudad y se vuelve finalmente ciudad.

Por otra parte, la ciudad es un texto que debe ser descifrado, sus objetos son palabras o expresiones, esconde interpretaciones diversas en inscripciones que no todos pueden interpretar, como el caso de los mensajes incluidos en los *grafitis*. Esta pretensión era la de Benjamin cuando “lee” los pasajes, por ello también decidió usar códigos distintos, formas múltiples de leer la ciudad y sus pasajes. Recordemos que al respecto afirmó que “un método científico se caracteriza por el hecho de que encontrando nuevos objetos desarrolla nuevos métodos” (*ibidem*:490). El objeto “urbano” y su fragmento, “el pasaje”, obligaron a Benjamin a crear una especie de nueva trama de lectura del texto que frente a él se presentaba. Para esto echó mano de la literatura, la poesía, los textos oficiales y las descripciones de las guías turísticas, para calificar este objeto nuevo que pretendía diseccionar.

En estas condiciones, resulta claro, que el estilo, la forma de escribir de Benjamin es sensiblemente diferente de aquel que aplicará quien pretenda efectuar un análisis convencional de los pasajes, basándose, por ejemplo, en la relación entre la exposi-

<sup>2</sup> El texto sobre Nápoles es muy significativo, además de la confluencia de sus propias interpretaciones más filosóficas y vivenciales con aquellas que surgen del marxismo, por la presencia, a su lado durante el viaje y aún en la misma redacción del texto, de su amante Asja Lacis, quien provenía del mundo intelectual bolchevique.

ción y venta de las mercancías y la producción de éstas, en el contexto de un análisis marxista. “Es por medio de palabras familiares que el estilo muerde y penetra en el lector”, nos recuerda Benjamin retomando a Joubert (*ibidem*:501).

En forma por lo demás innovadora para su tiempo, y ciertamente hoy reconocida como posmoderna (en el análisis de Frisby, 1992, por ejemplo), Benjamin consideraba que la única manera de presentar a la ciudad en el texto, es la de proceder al montaje de imágenes que orienten al lector, que le permitan captar lo que expresan la ciudad y los pasajes. Manifestó:

No tengo nada que decir, sólo tengo cosas para mostrar. No voy a robar nada de valor ni apropiarme de fórmulas espirituales. Pero los harapos, el desecho: no quiero hacer su inventario, sino permitirles que se les haga justicia de la única forma posible: usándolos (Benjamin, 1989: 476).

Por ello, quizá los ladrillos de la construcción de los pasajes, que son las millares de citas reunidas en sus apuntes, son las verdaderas explicaciones de los pasajes: son probablemente lo que Benjamin habría seguido trabajando, pero no destruido, como se acostumbra mediante la redacción de un sesudo texto reforzado por citas tradicionales. A la luz de sus pretensiones de montaje, es posible pensar que hubiera hecho el trabajo de recortar los negativos para montarlos en una trama de película. A pesar de la desaparición del guionista, la película sigue viva en sus propios recortes de escenas.

### **La formación del investigador: las lecciones de Benjamin**

No puede existir prototipo, ni modelo único. No existe una teoría única para entender el mundo (afortunadamente), ni modelos universales. Lo que ha sido y lo que ha hecho Benjamin son fragmentos de experiencias, como se habría complacido en expresar él mismo, imágenes de interés frente a los retos de entender qué debe de hacer un investigador y qué debemos transmitir como conocimiento para que los otros se constituyan en verdaderos investigadores de las ciencias sociales.

Los puntos tratados anteriormente son claros a mi entender: tesitura, involucramiento, apertura, multidisciplinariedad, estilo de redacción, son algunas de las claves que quisimos evidenciar en la vivencia y la obra del Benjamin-investigador. Claro

que, tenemos enfrente a un ser excepcional; pero si no es de las vidas ilustres, ¿de quiénes podemos aprender?

La renovación de la investigación en las ciencias sociales debe empezar por una revisión lo más desprejuiciada posible del quehacer del investigador. Con una mirada infantil, debemos emprender la tarea de repensar todo lo pensable, destruir los prejuicios, demoler los edificios que guardan los falsos secretos de los investigadores, y asumir posiciones libres, como la que Feyerabend calificó de anarquista.

Por ello, nos parece lamentable que sigamos todos, o casi todos, enseñando a investigar esencialmente a partir de “cursos de metodología” que, supuestamente, califican para cualquier objeto de trabajo. Peor aun, más lamentable nos parece que muchos crean que es lo cuantitativo aquello a lo que debemos apelar para construir el conocimiento, más que a lo interpretativo. A los computólogos más que a los chamanes, a los técnicos más que a la gente común y corriente.

¿Y si toda la parafernalia de la ciencias sociales tradicionales, sus discursos frecuentemente incomprensibles, fueran a su vez un manto de magia que sólo esconde la realidad? Benjamin arguye, por ejemplo, que en lo más profundo de la tecnología existe un amplio espacio para el mito, y que la misma remite a los mitos más antiguos de la humanidad.

Él nos recuerda, por otra parte, la “*necesidad de estar atentos durante muchos años a cada cita fortuita, a cada mención fugitiva de un libro*” (*ibidem*:487; subrayado mío). Quizá, más que elaborar extensas bibliografías para la formación de los alumnos, deberíamos enviarlos, como a niños exploradores, a las bibliotecas, a visitar los libroviejeros, a explorar, descubrir, buscar, sentir, imaginar...

A todos, profesores y alumnos, resulta necesario inculcarles el reconocimiento de lo específico de la vida del investigador: el compromiso, la pasión por el tema, ya que no existe gran obra de investigación sin una gran pasión por el tema, aun si se resume en un *affaire* temporal resultado de un desliz intelectual hacia una flor temática pasajera, que se plasmará finalmente en un artículo.

Admitamos que la experiencia de otros, tal como en este caso quisimos destacar ciertas características de la obra benjaminiana, es útil en la formación de los investigadores. De hecho, salvo excepciones, la mayoría de los investigadores construye el método a partir del caso, como lo menciona Benjamin, aunque el

miedo a la censura de los puristas les obliga a esconder este “desliz” metodológico. También, es frecuente que a partir de elementos no integrados en el esquema de investigación, opera la intuición, esa “iluminación profana” que todos buscamos con avidez para ofrecer resultados innovadores en nuestro tema.

Debemos enseñar a nuestros alumnos a adecuarse a sus casos de estudio, y no lo contrario. También es preciso que los confrontemos con la realidad diaria, quizá la que puede enseñarles más, antes que remitirlos a los grandes análisis del sistema global o de los sistemas nacionales. En lo banal encontramos la fuente de grandes conocimientos, y podemos animar a los alumnos a conocer, reconocer, interpretar y sopesar la realidad, en su confrontación con lo banal y cotidiano.

La formación en la investigación no puede alejarse totalmente de la transmisión de los grandes sistemas de conocimiento, así como de los métodos que usaron quienes nos precedieron y tuvieron la suerte de lograr hallazgos que mantienen vivo su trabajo a través de los años. Pero quizás debemos también regresar al “campo”, como dicen los antropólogos y los geógrafos, para reencontrar las pequeñas verdades que esconden los hechos banales. Si un alumno se muestra capaz de afinar su criterio y su capacidad de investigación a partir de la cotidianidad, también debería ser capaz de construir sistemas más complejos de pensamiento y de análisis, cuando haya concedido el tiempo suficiente para agudizarse y florecer.

Lo anterior sólo puede ser el fruto de la experiencia y no de la formación acelerada a la que se aspira en la actualidad. Surgirá también de una relación diferente entre el maestro y el alumno, en la cual se podrá compartir una búsqueda, situación que difícilmente puede florecer bajo el manto de la productividad a ultranza y de la inmanencia de la relación, en vez del “buen uso de la lentitud” como lo calificó hace poco Pierre Sansot (1998).

## Bibliografía

Benjamin, Walter, *Paris, capitale du XIX<sup>e</sup> siècle (le livre des passages)*, París, Le Cerf, col. Passages, 1989.

El libro de Benjamin en francés retoma el tomo V de *Gesammelte Schriften* (obras completas) editadas/compiladas por Rolf Tiedemann, en la casa Suhrkamp Verlag,

Frankfurt am Main, bajo el título de *Das Passagen-Werk* (tomo V) y publicado en 1982. La traducción al francés es de Jean Lacoste y fue publicada por Le Cerf en 1989 en 974 pp. Las anotaciones críticas hechas por Tiedemann a la edición mencionada en alemán, no fueron integradas a la traducción francesa. Las notas críticas son las explicaciones al texto de Benjamin que da Tiedemann como editor y que la versión francesa de Le Cerf no retoma, porque representa todo un trabajo extra del editor alemán que en esa ocasión no se consideró necesario.

Buck-Morss, Susan (1995), *Dialéctica de la mirada (Walter Benjamin y el proyecto de los Pasajes)*, Madrid, Visor.

Céline, Louis Ferdinand (1952), *Mort à crédit*, París, Folio.

De Gandillac, Maurice (1986), "Passage et destin chez Walter Benjamin", en Heinz Wisman (comp.), *Walter Benjamin et Paris*, París, Le Cerf.

Frisby, David (1992), *Fragmentos de la modernidad, Teorías de la modernidad en la obra de Simmel, Kracauer y Benjamin*, Madrid, Visor, col. La balsa de la Medusa.

Gilloch, Graeme (1996), *Myth and Metropolis (Walter Benjamin and the City)*, Londres, Polity Press.

Sansot, Pierre (1998), *Du bon usage de la lenteur*, París, Payot.

Smith, Gary (ed.) (1989), *Benjamin: Philosophy, History, Aesthetics*, Chicago y Londres, The University of Chicago Press.

Wisman, Heinz (comp.) (1986), *Walter Benjamin et Paris*, París, Le Cerf.

